

VILLEGAS LOPEZ

¡VIVA LA LIBERTAD!

Huyendo otra vez se encuentra con Louis, se reconocen; aquí le amenaza con una pistola y luego le ofrece dinero para que calle. Pero Emilio no quiere nada, sino su vieja amistad. Y cuando Louis se quita las gafas y el sombrero bongo vuelve a ser el mismo de antes.

Descubierta por una banda de maleantes, que le hacen un chantaje, Louis decide huir con Emilio, y mete todo su dinero en una maleta, que esconde en el tejado. Gran fiesta para celebrar la automatización de la fábrica, que permitirá la holganza de los obreros. Banquete con tipos grotescos que quieren ser solemnes y al que los dos amigos toman ya a broma. Discurso ante grupos de caballeros de frac, barba, condoreaciones, en el patio blanco y esquemático. Solemnidad y protocolo por todas partes. Pero la maleta se ha abierto y, desde el tejado, comienzan a volar sobre la

severa reunión oficial billetes de mil francos. Poco a poco, los caballeros importantes van perdiendo su dignidad y acaban por abalanzarse, enloquecidos, a recoger cada uno lo que puede. El típico, alegre, carrusel de Clair, que aquí está lleno de gracia amarga y satírica. Al final, mientras los obreros se dedican a la pesca de caña y al baile verbenero, los dos amigos, perfectos vagabundos, se marchan por los caminos primaverales.

Es una situación límite para la farsa ideológica, sin que la verosimilitud estricta obligue a buscar auténticas realidades. Pero es una de las más bellas, simples y generosas ideas que se han llevado al cine, con mayor maestría, exactitud y gracia. En la línea de la farsa, ésta es la cumbre magistral de la obra de René Clair. Su película favorita, la única que le hubiera gustado volver a hacer para alcanzar la imposible perfección.



«¡Viva la libertad!»: el vagabundo y las botas

644

VILLEGAS LOPEZ



«Recco y sus hermanos»

y podría dividirse en dos partes, con una misma dirección, pero en sentidos opuestos. Por un lado, «La tierra tiembla» (1948), única película de una trilogía de ambiente proletario, que debía abarcar el episodio del mar —que es éste—, el de las minas y el de los campesinos. Todos ellos tienen el mismo común denominador: la revuelta y la protesta de los obreros sicilianos contra la miseria y la opresión. «La tierra tiembla» es un documental, interpretado por actores naturales, que hablan su dialecto, romándolos en su auténtico medio. Son hombres desesperados por la miseria, que ocasiona la disgregación de una familia y el sometimiento del rebeldía a las condiciones impuestas por los propietarios de las barcas de pesca. En los otros dos episodios se apuntaba una esperanza e incluso un triunfo. «Kocco y sus hermanos» (1960) puede ser la continuación de este film, con esa familia que emigra a la ciudad, para ser destruida por aquel nuevo ambiente, al que no pueden adaptarse. Visconti ha hecho en ellas una obra plena de comprensión, de definición de unos seres que merecen mejor suerte, la de cualquier hombre que quiere luchar en la vida, con su trabajo. Pero Visconti los ama y defiende más que los conoce; llega un momento en que se queda fuera, a pesar de su decidida voluntad de penetrarlos, y entonces suele recurrir al efecto melodramático, para

apuntalar una acción cuya profunda autenticidad se le escapa. Por ejemplo, esa insistencia en el cuadro familiar o en los detalles del embargo en «La tierra tiembla». Es eso, efectivamente, pero también es otra cosa más seca, profunda y dolorosa.

Por el contrario, «El gatopardo» es una obra increíblemente conseguida no sólo en su maravillosa realización, sino en la penetración hasta el fin, hasta lo inexpressible, de los personajes que hace vivir. Los comprendo hasta el fin, porque es su mundo y sabe describirlos hasta sus últimos matices más imperceptibles, porque los ha conocido y los lleva dentro. Los desdicha, pero los ama; comprende que tienen que desparecer y así lo dictamina, pero los ve también como una especie humana, en cuya pintura se destaca. La escena en que el príncipe Salina, ya fugitivo, y en el comienzo de una adaptación oportunista a las nuevas circunstancias y las nuevas clases que ascienden, llega a aquel pueblo, y se sienta en el lugar de honor de la iglesia, es algo indescriptible, porque todo está dicho allí: aquel retablo familiar de aristócratas, cansados y polvorientos, plenos de dignidad, resume toda la película. Y el baile final, largo, suntuoso, barroco, es contemplado por el príncipe con una mirada de amargura y de ironía, porque ya están allí todos: ellos, los que se van, y los recién llegados, que abdican inme-

641

VILLEGAS LOPEZ

VISCONTI - ¡VIVA LA LIBERTADI



«El Gastopardo»

distanciamiento de sus ideas, para ocupar el puesto e iniciar finalmente a los que combatieron. Para mí, esta es la línea que Visconti logrará siempre, como ningún otro, porque es la de su vida y su mundo. Las ideas políticas han intervinido constantemente en la apreciación de la obra de Visconti, para ensalzarla o disminuirla, con un partidismo sin sentido. Es, sencillamente, un gran realizador, que siente los problemas capitales y agudos de su tiempo y de su mundo, y este llamamiento a la realidad más urgente aparece en sus films como una apelación que no puede dejar de oírse, que hay que tener en cuenta en el cine actual.

PELICULAS:

«Oscelione», 1942; «Giorni di gloria», 1945; «La terra trema», 1948; «Bellissima» (Bellissima), «Apuntá su un fatto di cronaca», 1951; «Noirata», «Las mujeres» (Siamo donne), 1953; «Senso», 1954; «Las noches bisnatas» (Le notti bianche), 1957; «Rocco y sus hermanos» (Rocco e i suoi fratelli), 1960; «Bocaccio 70», 1962; «El gastopardo» (Il Gastopardo), 1963; «Vaghe stelle della Oropa», 1965.

VIVA LA LIBERTADI

(A nous la liberté)

Prod.: Frances, Tobis, 1931. Art., dial. y dir.: René Clair. Int.: Raymond Cordy (Louis), Henri Marechal (Emile), Rolla France (Jeanne), Paul Olivier, Jacques Sirely, André Michaud, Germaine Assery, Leon Lorin, William Burke, Vivien Hyppa. Asist.: Albert Varenha, Fot.: Georges Périnal. Dec.: Lazare Meerson. Mús.: Georges Auric. Mont.: René Le Henaff.

EN los comienzos de aquella década del 30, cuando estáis estruendo por las repercusiones de la gran crisis norteamericana de 1929, y se encuentran en su apogeo los planes quinqueañales soviéticos. Así, la gran frase del momento es la salvación por el trabajo, el trabajo como panacea universal, máxima virtud del hombre.

VILLEGAS LOPEZ

¡VIVA LA LIBERTADI

Y Clair hace este film contra semejante máxima, para exponer su concepto de la libertad social, ideal, metafísica; libertad sin límites, que es decir inabarcable. Esta idea central constituye el germen de la farsa, que se expresará continuamente en los hechos, las cosas y los personajes. Comienza con un desfile de caballos de juguete que marchan solos, mientras se oye una alegre canción, donde se dice: «El trabajo es la libertad». Pero seguida es la cárcel, donde los presos, con sus uniformes a rayas y sus zuecos penitenciarios, trabajan en la cadena industrial construyendo juguetes. La idea se plantea desde la primera imagen. Dos presos consiguen escapar a los sonos de otra canción: «A nous la liberté». Uno de ellos, Louis, se dedica al comercio, primero modesto y alternado con el robo. Después, conforme se va haciendo rico, va permitiendo también el lujo de la honradez. Al fin es dueño de una gigantesca fábrica de gramófonos, gramófonos, desnutida, colosal, copiada de las fábricas de Ford, en Detroit, que en aquellos años venía a encarnar la racionalización del trabajo. Y Louis es allí el dueño omnipotente, para el que todo es grande: gran prosopopeya, grandes gafas de carter, gran auto, gran mesa, gran Consejo de Administración... Y una

esposa iracunda. La música burlesca subraya el ascenso del aristócrata.

Emilio, capitulado de nuevo y ya cumplida su condena, es el vagabundo por vocación, soñador irresoluto, bueno por comodidad y por naturaleza. Y enemigo declarado de todo trabajo. Dormita en los campos, coge florescillas, oye las canciones que salen por las ventanitas... hasta que a su lado aparecen unas altas botas, de las que tanto se hablará en adelante en el mundo. Y se lo llevan a empellones a la cárcel. Desperado trata de ahorcarse, colgándose de la rúa, pero ésta arranca bajo su peso y por allí se escapa de nuevo. Perseguido, se refugia en la fábrica, aquel santuario del trabajo... que es exactamente igual a la cárcel. En vez de guardianes, vigilantes; en vez de presos, trabajadores con un número. Ya la cadena es la misma por donde pasan las piezas de gramófono. Se queda a trabajar, porque le gusta una muchacha, y como no le importa que le echen hace lo que le viene en gana: deja la cadena, baila con la chica, se pega con el vigilante... Toda la mecanización racionalizada del trabajo se viene abajo, en medio de un gran estruendo. Chaplin parófrase exactamente de esta escena para la famosa de la fábrica en «Tiempos modernos».



René Clair dirige «Viva la Libertadi» en máxima fuerza ideológica